

CON MOTIVO DE LAS FIESTAS DE BELEN⁽¹⁾

POR ENRIQUE JOSE VARONA

COMO todo, en el hombre y en la naturaleza, está sujeto a cambio; no me ha extrañado ver, en la recientes fiestas de los jesuitas de la Habana, a muy distinguidas personas, cuyas ideas en otro tiempo iban por cauce muy distinto al que llevan las de los miembros de esa famosa Compañía. Ni tampoco las declaraciones, algunas bien elocuentes, que allí resonaron entre aplausos.

Pero, al considerar la calidad y la mentalidad de no pocos de los oradores, he pensado que sus palabras revelan un síntoma, que no debe pasar inadvertido para los que se preocupan por la suerte de nuestra sociedad. Se trata de quienes dan, quieranlo o no, ejemplo; y hay que considerar siempre sus actos como ejemplares.

Entre todas las instituciones que en su larga vida ha formado y utilizado la iglesia católica, ninguna ha tenido caracteres más marcados, ni ha respondido a un ideal militante más claramente visto y señalado, ni ha subordinado a él más por completo todas sus actividades, que la realizada por San Ignacio y sus primeros colaboradores. Cualidades tan notadas todas, cual lo ha sido el fracaso completo de las empresas en que ha tomado parte como principal actor o como agente poderoso, aunque secundario. La enorme fuerza que ha desarrollado le ha servido en primer término para obligar a que se le pusieran en frente, en señaladas ocasiones, los otros factores del catolicismo, cuyo servidor eficaz ha pretendido ser.

Ahora bien, ese carácter y ese propósito son precisamente la negación total, absoluta, de cuanto piensa, practica y ama el ciudadano de los estados modernos, consciente de sus ideas y del alcance social que éstas tienen.

El jesuitismo se presentó en la escena del mundo, primero y ante todo, como oposición decidida y sin atenuaciones a la reforma; y después, como reacción contra la relajación de la disciplina y las costumbres de las grandes y antiguas órdenes monásticas. Para esto sentó como su base inmovible la sumisión plena y entera a su jefe, de hecho vitalicio. Estableció, no como aspiración, sino como realidad, un gobierno despótico, sin atenuaciones ni cortapisas. Fue realmente, por su espíritu y por sus obras, un ejército bajo una sola e incontestada autoridad, obediente a un solo jefe. El jesuita abdica, y sólo es jesuita mientras mantiene esta abdica-

ción, abdica de su voluntad y sus sentimientos ante aquel que es la encarnación de la Compañía. Se aviene de todo corazón a ser entre sus manos blanda cera, más aun, cadáver sin resistencia, según las terribles frases que se han hecho tan célebres: «Pres-tándome a ser moldeado en sus manos como cera... Debo ser como un cadáver, que no tiene ni voluntad ni entendimiento». Así se lee en los *Ejercicios Espirituales*.

Cualesquiera que sean las alteracio-

RECUERDO

*En el agua de cristal
de mi manso corazón
estás tú, mujer ideal,
como una flor.*

*Un deseo, como el rayo
de una luz inmemorial,
escondió un frescor de mayo
en la flor y en el cristal.*

*Y el aroma que tú exhalas
en mi alma, santa flor,
es, cantando entre dos alas,
un recuerdo-ruiseñor.*

ROBERTO BRENES MESÉN

nes que el correr del tiempo ha tenido que introducir en su seno, la Compañía ha procurado tenazmente permanecer fiel a ese espíritu, que le ha dado el ser y que la caracteriza. Flexible en lo externo, es radicalmente inflexible en el fondo. Captó poco a poco la educación de las clases superiores y de la gente acomodada, para realizar su aspiración de dominar los espíritus de los directores sociales, que es el modo estable de dominación. Y para esta obra, ha sabido apelar a todos los medios de atraer y deslumbrar. Durante buen tiempo sus métodos pedagógicos fueron excelentes para su época; y su habilidad y destreza para dirigir sin violencia aparente las conciencias, se hicieron famosas. Sus templos brillaron por la riqueza y ostentación, si no por el buen gusto; y sus colegios nada ofrecían, en la manera de tratarlos y alimentarlos, que pudiera intimidar al educando. Duros consigo mismos, no impusieron la dureza; y se mezclaron con el mundo, se insinuaron en las familias, para echar raíces, delgadas y poco aparatosas, pero múltiples y flexibles, que cimentaran su imperio.

(1) Celebradas por los jesuitas en febrero de 1914 en el Colegio de Belén, de La Habana. Celebraba entonces la Compañía el centenario de su restablecimiento.

Todo lo que la habilidad humana puede hacer lo ha hecho la Compañía; pero la habilidad del hombre no prevalece contra la ley incontrastable del cambio. Son hoy los jesuitas un anacronismo, y por esto, quierase o no, un peligro social.

Porque no se olvide que las concesiones que han hecho o se han visto obligados a hacer a las exigencias de los tiempos, han sido siempre puramente exteriores. Lo que se ve en grande en su ruidosa caída del siglo diez y ocho, cuando tuvieron en su contra a casi todos los poderes de las naciones católicas, se ha repetido en pequeño cada vez que han estimado conveniente esquivarse o disimular. Perseguidos entre sus correligionarios, en aquella memorable ocasión emigran al centro y oriente de Europa, entre protestantes y cismáticos, o se ocultan y disimulan, cambiando de nombre; para reaparecer cuando abonanza la tormenta, con sus mismas ideas, sus mismos propósitos y sus mismos procedimientos.

La tremenda requisitoria contenida en el breve de Clemente XIV, *Dominus ac Redemptor*, no tenía réplica ni medianamente adecuada. Dejaron retumbar el trueno, hasta que se desvanecieron sus ecos; y poco a poco, en silencio, volvieron a ocupar las posiciones de que habían sido desalojados, para proseguir su obra de dominación subrepticia, pero real y extensa. Y dondequiera que han agitado la sociedad en que ellos se encontraban grandes conmociones públicas, se han abstenido de hacer ruido, para surgir más tarde y continuar más al descubierto la no interrumpida labor. Más que la significativa divisa contenida en las famosas iniciales A. M. D. G., los ha caracterizado y ha dado norte a su actividad la acerada respuesta de Lorenzo Ricci en los momentos más críticos de su historia: *Sint ut sunt, aut non sint*.

Sí, son los jesuitas tales como los quiso su perspicaz fundador; pero, por lo mismo, y sin atenuación posible, resultan radicalmente diversos de lo que demandan las condiciones de la vida pública de nuestros tiempos. Estas quieren que cada hombre sea dueño de sí, y que la parte que enajene para el bien público y el necesario concierto de la comunidad política de que forma parte, le sirva para engrandecer y aumentar su propio valor. No quieren siervos sumisos a quienes basta mandar, sino ciudadanos convencidos, a quienes hay que empezar por vencer.

No sé yo si era o no buen profeta el cardenal Mawning, cuando exclamaba: «The work of 1773 was the work of God; and there is another 1773 coming». Pero sí estoy persuadido de